

ADVIENTO 2016 // RETIRO PARA TIEMPOS FUERTES // OALA UN KAIRÓS, DE ESPERA, CONVERSIÓN Y GOZO

Estamos dentro del dinamismo espiritual de nuestro itinerario agustiniano latinoamericano de Comunión y Servicio desde la búsqueda constante de la conversión personal y comunitaria – la santidad comunitaria, propia del Carisma y la Espiritualidad de los agustinos, recordada y propuesta por la OALA.

Providencialmente estamos en el contexto de la Asamblea de OALA, Sao Paulo 2016 (28 de noviembre al 1 de diciembre 2016).

También estamos finalizando el Año Santo de la Misericordia que culminará en la Solemnidad de Cristo Rey, y como dice el Santo Padre en *Misericordiae Vultus* #5: “cerrando la puerta Santa tendremos ante todo sentimientos de gratitud y reconocimiento hacia la Santísima Trinidad por habernos concedido un tiempo extraordinario de gracia”, porque habiendo cruzado la puerta de la Misericordia hemos podido experimentar la conversión en “el amor de Dios que consuela, perdona y ofrece esperanza” (*Ibidem*, #3)

Con la fe que hemos recibido, todos sabemos y creemos que la Iglesia nos ofrece vivir y celebrar el Adviento, un kairós; un tiempo extraordinario de gracia, un tiempo especial, un valioso tiempo de espera, conversión, alegría y gozo que ayude a iluminar y fortalecer nuestra vocación de consagrados agustinos, en una realidad diversa, llamados a encontrarnos con él y caminar en una amistad e intimidad con él, para servirle en unidad y comunión, en nuestro prójimo en la comunidad y en el apostolado.

CON EL DESEO DE CONVERSIÓN Y RENOVACIÓN

Recordábamos el Adviento pasado estas palabras dirigidas a los consagrados: “Es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado”. (cf. San Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica Vita Consecrata* # 39, 1996). Esta actitud, resultado de la íntima y personal experiencia amorosa y misericordiosa de Dios, será comunicada con pasión, si primero se ha hecho vida en el interior de nuestras vidas, y de nuestras comunidades.

Somos y estamos llamados a fortalecer nuestra identidad y actitud cristiana, auténticamente agustiniana.

“Perseveren en las oraciones fijadas para horas y tiempos de cada día” (*Regla II*, 10).

Unimos a esta exhortación de Nuestro santo Padre Agustín, el deseo de prepararnos en este Adviento, con arrepentimiento, buscando nuestra conversión, no de manera aislada, sino junto a los hermanos de la comunidad y en comunión con la Iglesia, con la esperanza en la venida del Señor, para contemplar su nacimiento, en su pobreza y humildad, viviendo el presente, vigilantes, en su presencia viva, preparados para la parusía.

EN UNA DINÁMICA ANIMADA POR EL ESPÍRITU DEL SEÑOR

Entremos desde nuestras comunidades y apostolados en América Latina, en la dinámica propia del tiempo de Adviento, centrando nuestra vida y nuestra fe en la firme esperanza, dinámica propia de Conversión y Espera gozosa de nuestro único Señor, el Rostro Misericordioso del Padre; Jesucristo.

CONTEMPLANDO A DIOS CON NUESTRO PADRE SAN AGUSTÍN

En el libro de Las Confesiones de Nuestro Padre San Agustín, encontramos esta bellísima oración de identidad agustiniana, que estamos llamados a hacerla propia, personal y comunitariamente, y comunicarla como un patrimonio nuestro, un patrimonio de nuestra Madre la Iglesia:

“Nuestra única esperanza, nuestra única confianza, nuestra firme promesa, es tu misericordia” (cf. Confesiones, Libro X, Cap. XXXII, 48)

La gracia, la experiencia que el Señor dio a nuestro Padre San Agustín de experimentar su Misericordia lo condujo a encaminarse en toda su existencia cambiando de rumbo su vida, su mirada o percepción, experimentando la conversión y sirviendo así como Pastor fiel de la Iglesia.

EN LA FIRME ESPERANZA FORTALECIDA POR LA EXPERIENCIA DE DIOS “Dijo Jesús, quien me ha visto a mí ha visto al Padre... Las palabras que yo les digo no las digo por mi cuenta; el Padre que está en mí es el que hace las obras... Les aseguro quien cree en mí hará las obras que yo hago” (Jn 14. 9- 12)

Señor Jesucristo, Tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del cielo, y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él. Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación (*Oración del Papa Francisco por el Año de la Misericordia*).

El itinerario espiritual agustiniano; el camino de interioridad recorrido por Nuestro Padre San Agustín es el fruto de esta experiencia de intimidad profunda de Dios que ha tocado lo más íntimo, su corazón, y ha revelado en su Palabra, en la Iglesia peregrina; el pueblo de Dios.

De esta experiencia íntima y profunda con el Señor, es que brota esta bella oración: Haz herido mi corazón con tu Palabra y te he amado (cf. Confesiones Libro X, Cap. VI, 8).

En nuestra espiritualidad estamos llamados a hacer el mismo recorrido para comunicar con esperanza, en nuestra vivencia y apostolado, con nuestro testimonio, la Misericordia don de Dios.

EN LA INTIMIDAD CON EL SEÑOR SE SOSTIENE NUESTRA ESPERANZA

En la Iglesia hemos llegado a tener la claridad que nos concede el Espíritu del Señor. Estamos llamados a tener la misma experiencia de Jesucristo en nuestras vidas, en el caminar de nuestra vocación de consagrados para, según las promesas del mismo Señor, poder hacer las obras de Dios, y hacer presente su reino. Solamente tenemos que saber pedir y acoger este grandioso don.

En las fórmulas doctrinales de los concilios de Nicea y Calcedonia, se definió la intimidad entre el Padre y el Hijo.

Jesucristo en el Evangelio, cuando lava los pies a sus discípulos les hace notar que están llamados a hacer lo mismo en su memoria. Sin ninguna duda, esta buena noticia (Evangelio) de servicio y humildad estamos llamados a imitar, como señal de que somos fieles seguidores del Señor. En el contexto eucarístico encontramos aquí una estrecha vinculación entre la conversión y el servicio, entre la experiencia y la Misión. Es esta la dinámica que la Iglesia quiere mantener viva en la vida y la fe de sus hijos.

Somos siempre llamados por el Señor, en la Iglesia, a familiarizarnos realmente con Jesucristo y llegar a decirle “sí” con todas las consecuencias.

EN UNA VIDA DE SANTIDAD

Los santos a lo largo de la historia han tenido muy clara la actitud de ser personas de intimidad con el Señor, de amistad con su Maestro y Salvador, siendo orantes y misioneros, muy cercanos a la realidad humana de sus hermanos (porque experimentaron la misericordia de Dios) construyendo y proclamando con sus vidas el reinado de Dios.

El testimonio elocuente de la futura Santa; Madre Teresa de Calcuta al recibir el Premio Nobel de La Paz nos ayuda a asimilar esta verdad de fe: “Tenemos que ser capaces de traer la paz a través de este amor comprensivo, ser la buena noticia para los pobres... y para poder hacer esto, hermanas nuestras, nuestras vidas tienen que estar tejidas con la oración. Las hermanas tienen que estar unidas con Cristo para ser capaces de entender, para poder compartir”.

CON LA HUMILDAD, EL PILAR ESPIRITUAL EN LA ESPERA DEL SEÑOR

Delante de los restos de san Agustín que se veneran en la Basílica de San Pedro in Ciel d'Oro de Pavía, el 22 de abril de 2007 Benedicto XVI, ante los fieles allí reunidos, se refirió a las tres grandes etapas o tres conversiones de Nuestro Padre San Agustín, e hizo esta reflexión que muy bien ilumina y anima nuestra vida de fe, como agustinos:

Hay *una tercera etapa decisiva en el camino de conversión* de san Agustín. Unos veinte años después de su ordenación sacerdotal, Agustín escribió un libro titulado *Retractaciones*, donde revisa de modo crítico las obras que había publicado y añade algunas enmiendas. Escribe: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden es la oración diaria de la Iglesia” (cf. *Retractaciones* I, 19, 1-3). Agustín había aprendido la humildad y la misericordia.

Es la Eucaristía; Sacramento de piedad y signo de unidad; y la Reconciliación sacramental, presencia de Cristo, médico humilde como lo identificó Nuestro padre San Agustín, o el Médico Divino como dice San Ignacio de Antioquía.

Somos muy conscientes que nuestras comunidades se desintegran y empobrecen, y están lejos de ser testimonio de Cristo vivo, debido a que nuestra pobre experiencia personal, íntima con el Señor, y nuestra propia realidad humana herida y enferma por el pecado se aísla y busca más sus propios intereses y ha perdido el encanto que sólo el Señor nos da en su llamada.

El Señor viene, su venida debe ser preparada, y por eso la Iglesia nos ofrece este tiempo de conversión. Su llegada y presencia no puede pasar inadvertida, sino que tiene que lograr cautivar nuestra atención y producir la transformación que el mismo Señor espera de sus hijos en nuestra Orden y nuestra Iglesia.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- 1.- **¿Con qué actitud, y cómo estoy cultivando mi intimidad con el Señor y espero su venida?**
- 2.- **¿Busco la curación del Señor en el sacramento de la Reconciliación y la Eucaristía, por qué?**
- 3.- **¿Pido a Dios la capacidad de entender a mis hermanos de comunidad, a mis fieles, para poder acompañar y animar con el poder del Amor y la Misericordia de Dios?**
- 4.- **La humildad, ¿es camino de santidad?, ¿es un don que deseo alcanzar cada día de mi vida, cómo y por qué?**